

Una historia anarquista

A propósito del libro *Pasado y presente del sindicalismo y anarcosindicalismo en Colombia*, del Centro de Investigación Libertaria y Educación Libertaria *

Por Edwin Cruz Rodríguez**

Los distintos trabajos de este libro, compilado por el Centro de Investigación Libertaria y Educación Popular (Cilep), presentan una perspectiva renovada del anarquismo y el anarcosindicalismo colombiano de los años veinte del siglo XX, su crisis posterior y sus perspectivas en el futuro. Se trata de una investigación comprometida, si el compromiso se entiende en el sentido sartriano: la actitud del intelectual que no permanece expectante frente a la realidad sino que pone su pensamiento al servicio de una causa. La obra estudia el pasado con el objeto de iluminar el presente, “volver a los orígenes para empezar de nuevo” (p. 196), pero no por ello renuncia a la producción de un conocimiento objetivo. Los autores dan cuenta de un objeto difícil de asir, por el aprieto de encontrar fuentes primarias y desentrañar los fenómenos que influyen en la crisis contemporánea, pero abordan su estudio con rigurosas pesquisas en archivos y prensa de la época, que aportan nuevas fuentes, y construyen con rigor sus argumentos sobre el presente. Así, hacen un aporte importante a la aún incipiente historiografía sobre el fenómeno.

* Centro de Investigación Libertaria y Educación Popular (ed.), 2011, *Pasado y presente del anarquismo y del anarcosindicalismo en Colombia*, Argentina: Libros de Anarres-Terramar Ediciones-Ediciones Cilep, 207 p.

** Estudiante de la Universidad de Colombia.

El libro está constituido por dos partes y seis capítulos, precedidos de una introducción teórica. En ésta se delimita un concepto de anarquismo que, aunque heredero de la Ilustración, no es un liberalismo ilustrado. Para el anarquismo, el Estado no es un mal necesario, como en el liberalismo, sino innecesario: se puede prescindir de él para vivir en sociedad. Siguiendo a Bakunin, los compiladores afirman que el problema del liberalismo es suponer una libertad individual previa a la sociedad, y que el ser humano está completo en sí mismo, cuando lo cierto es que no puede realizarse como tal fuera de la sociedad. Partir de una libertad individual natural conlleva una contradicción, pues esta libertad es enajenada en el Estado por la vía del contrato. Así, pues, la libertad es un producto colectivo y, más que un liberalismo radicalizado, el anarquismo es un socialismo libertario. Nacido con la praxis de las masas alrededor de 1860, sostiene que no se puede lograr la libertad sino una vez se consiga la igualdad económica y se puedan satisfacer las necesidades elementales de todos los seres humanos. Ello requiere abolir el Estado, que, al representar los intereses de las clases dominantes, niega la libertad.

En la primera parte se examina el auge del anarquismo y del anarcosindicalismo en el naciente movimiento obrero, entre los años 20 y 30. En el capítulo primero el historiador Mauricio Flórez reconstruye el contexto socioeconómico en que se desarrollan los ciclos huelguísticos de 1919-1920 y 1924-1928 y las experiencias del anarquismo antes de 1924. A fines de los años 10 es difícil hablar de anarquismo; existe un socialismo ecléctico con influencia del liberalismo radical, pero eso empieza a cambiar con la participación de extranjeros en las huelgas portuarias de la Costa Atlántica y la organización obrera en el interior del país. En seguida, el mismo autor examina el anarcosindicalismo entre 1924 y 1928, que tuvo una influencia importante en el movimiento obrero de la época y estuvo presente en la oleada de huelgas del periodo y en los tres congresos obreros. En el capítulo tercero, el filósofo Diego Paredes examina el proceso de clarificación ideológica, táctica y organizativa

que se opera en el anarquismo colombiano entre 1924 y 1928, a partir del examen de las ideas de distintas organizaciones, como el Grupo Libertario de Santa Marta o el bogotano Pensamiento y Voluntad, y de publicaciones como *La Voz Popular*. Finalmente, en el capítulo cuarto, Flórez analiza la participación de los anarquistas en la huelga de las bananeras de 1928, la crisis posterior del anarcosindicalismo y el progresivo tránsito del sindicalismo hacia su institucionalización con los gobiernos liberales.

Son varias las perspectivas que se plantean en esta primera parte. Mauricio Flórez enriquece la comprensión histórica a partir de nuevas fuentes, como los documentos que la policía incautó al italiano Filipo Colombo y al español Juan García en agosto de 1927, que aportan datos para examinar la recepción de los idearios y las articulaciones entre las organizaciones anarcosindicalistas del país. De hecho, aborda la influencia de extranjeros en el anarquismo de la época. Por ejemplo, el griego Evangelista Priftis, que arribó al país en diciembre de 1924, tuvo una gran influencia en la conocida huelga de los *champanes* de Neiva y fundó la Sociedad de Obreros Libres, estuvo en la cárcel y fue expulsado del país en enero de 1926. Priftis se había formado con anarcosindicalistas ecuatorianos y había pasado por Argentina, Chile y Perú.

Este fenómeno de “anarquistas trashumantes” (p. 112) no es una excepción y evidencia un problema que merece atención. El autor demuestra que existían redes transnacionales de militantes anarquistas, muchas veces provenientes de Europa, donde el fascismo empezaba a tomar fuerza, que habían viajado a América entusiasmados con el anarquismo argentino. Por ejemplo, Colombo y García, que fundaron en Bogotá el Grupo Pensamiento y Voluntad, venían de Argentina, habían pasado por Bolivia y establecieron contactos con el Grupo Libertario de Santa Marta, fundado a su vez por los italianos Genaro Torini y Juan Candansa. El negocio de agujas de bordar, que les servía para proveerse un trabajo y viajar

encubiertos por América Latina, “se extendió por el continente hasta México” (p. 88). Por otra parte, Flórez sostiene que, a diferencia de lo que sustenta Ignacio Torres Giraldo, la Confederación Obrera Nacional (CON) no se creó durante el Segundo Congreso Obrero, en 1925. En ese momento la organización aglutinante era la Federación Obrera Colombiana (FOC), en cuyo comité ejecutivo hacían presencia anarcosindicalistas y socialistas. Así, pues, esta omisión del antiguo militante marxista “eclipsa” la influencia de la Federación hasta la preparación del Tercer Congreso Obrero, a fines de 1926.

Una perspectiva interesante y necesaria para abordar el periodo es la historia de las ideas o los discursos políticos, como es abordada por Diego Paredes. Su tesis es que entre 1924 y 1928 el anarquismo empieza a adquirir una claridad organizativa, ideológica y táctica que rompe con el liberalismo radical, proveniente de la revolución del medio siglo XIX, y, por consiguiente, hace muy difícil subsumirlo en el “socialismo mestizo”, planteado por autores como Isidro Vanegas y Renán Vega. Así, aunque el anarquismo compartía tradiciones y costumbres con el resto del movimiento obrero, y aunque no estuviese aislado de sus dinámicas, tenía una especificidad. Sin embargo, sin decir cuál de estas hipótesis tiene más asidero, el planteamiento podría matizarse. Aunque en el periodo distintas organizaciones y publicaciones reivindicaran ideales anarquistas, es probable que sus principios se resignificaran en función de las necesidades de la realidad y la lucha política colombianas. De hecho, como se muestra en otros capítulos del libro, fue su disposición a articularse a otras luchas, donde adaptaron sus tácticas y formas organizativas, lo que explica en buena medida su influencia en el movimiento obrero. De cualquier forma, se plantea un problema de investigación muy pertinente: la recepción de los idearios anarquistas y los significados que adoptan una vez asentados en Colombia.

En la segunda parte del estudio se analiza la crisis actual del anarquismo. En el capítulo quinto el investigador y educador popular Luis Alfredo

Burbano analiza la crisis sindical colombiana y plantea alternativas para su solución desde la perspectiva del anarcosindicalismo. En el sexto, el Cilep reflexiona sobre las enseñanzas que para el movimiento anarquista actual dejó la experiencia de los años 20.

Burbano realiza un agudo análisis del sindicalismo colombiano, sumido en una crisis que devino en la renuncia a su proyecto transformador. Sostiene que las políticas neoliberales tuvieron como consecuencia la informalidad laboral, la reconfiguración territorial de la fuerza de trabajo y una situación de inestabilidad y movilidad territorial que dificulta la organización de los trabajadores, en particular del segmento más joven. El sindicalismo no ha logrado dar respuesta a estos cambios. No existe claridad sobre la estructura a priorizar para enfrentar las nuevas características de la fuerza de trabajo, ni una estrategia sindical unificada. Se perpetúan los estilos de trabajo burocráticos que privilegian los intereses personales sobre los colectivos. El anarcosindicalismo puede contribuir a la solución de esta crisis si se adopta una posición transformadora. La propuesta federativa puede ser una forma de organización eficaz ante la atomización de la formas administración del trabajo, y se pueden crear “federaciones-red” (p. 178) con solidez organizativa y flexibilidad. Es necesario acabar con los “sindicalistas profesionales” (p. 179) e implementar la rotación de cargos y el método asambleario, así como articularse a otros movimientos y organizaciones sociales con un ideario de lucha antipatriarcal, ecologismo social, antimilitarismo, antiautoritarismo, por un nuevo tipo de democracia.

Finalmente, las reflexiones del Cilep están orientadas a volver sobre los años de mayor influencia del anarcosindicalismo, pero no para mitificarlos sino a fin de extraer indicaciones para el presente. La crisis actual se explica porque el anarcosindicalismo se ha desconectado de la lucha obrera y popular, se ha sumido en el sectarismo, carece de conexión con la realidad nacional, pues se orienta por principios ahistóricos y dogmáticos y no tiene un discurso

para el país. La experiencia de los veinte enseña que el anarquismo puede articularse a las luchas populares y ofrecer una propuesta para el país. A partir de ahí el Cilep se orienta a “pensar el poder popular a partir de la tradición latinoamericana” (p. 189), tomando elementos de distintas experiencias y planteando la necesidad de entenderlo como la articulación de las luchas, como un poder que se construye en la praxis y pone en marcha un nuevo *ethos*. Un poder en sentido positivo, como capacidad y organización.

En fin, el libro hace del pasado un punto de referencia imprescindible para pensar el presente y proyectarse al futuro. En ese sentido, aporta un nuevo aire a la historiografía sobre las luchas sociales de los años veinte, y, a partir de unos análisis rigurosos de la actualidad del sindicalismo y el anarquismo colombianos, extrae de allí enseñanzas importantes para científicos sociales y movimientos populares.